IX.

EL LUCIANISTA.

Sabía Baruch por experiencia que un nuevo modo de pensar no trasforma en seguida nuestra vida habitual. Así, aunque el dia de la reconciliacion en la sinagoga habia rogado á Dios que le mandara la muerte ántes que llegase á ser el hijo del pecado ó de la impiedad, y aunque no dejaba de decir tres veces al dia las oraciones prescritas, siempre notaba en el silencio de la noche que sin ruido alguno é invisiblemente se le acercaba la duda y murmuraba á su oido: «¿Por qué te das golpes de pecho por pecados que no has cometido? ¿Has robado ó hecho algun crímen?» «Rezo, no sólo por mí,—contestaba,—sino por todo Israel, por la remision de los pecados de la humanidad.» «¿Crees poder expiar con palabras los crímenes que los demas han cometido?»—le replicaba la voz, logrando interrumpir sus oraciones.

Aun en la sinagoga despertaba de nuevo la tentacion, y le decia: «¿Sigues obedeciendo al sonido de la campana? ¿Cómo puedes pronunciar palabras que sus sufrimientos inspiraron á David y otros? ¿Necesita despertarse tu piedad con palabras extrañas?» Decidió desde entónces orar sólo con fórmulas; se abstuvo durante mucho tiempo, y, cuando quiso orar de nuevo, conoció que tan larga interrupcion le había separado de las relaciones con su Creador. «¿Qué necesidad hay de palabras? se dijo entónces; el pensamiento debe ser suficiente, si Dios todo lo sabe, si existe... ¡desgraciado de mí!» No podía ya